



ARCHIVO ABC



**SAROYAN DA VOZ**  
A UN SOLDADO  
CUYAS MEMORIAS  
DE LA II GUERRA  
MUNDIAL SON  
UN ALEGATO  
ANTIBELICISTA

## ESCRITOR SIN PATRIA

**LAS AVENTURAS DE WESLEY JACKSON**  
**WILLIAM SAROYAN**  
TRADUCCIÓN DE JORDI MARTÍN LLORET  
ACANTILADO. BARCELONA, 2006  
390 PÁGINAS, 21 EUROS

**MERCEDES MONMANY**  
Exiliado perpetuo de una patria sólo  
existente en sueños y en el recuerdo  
de los suyos, autor de tremenda popu-  
laridad en los años treinta y cuarenta  
del pasado siglo, la obra del america-  
no de origen armenio William Saroyan



(Fresno, California, 1908-1981) tendría siempre una esencia fuertemente autobiográfica.

**PIEZAS DE ORFEBRERÍA.** Sus célebres y deliciosas narraciones cortas (que hoy figuran en todas las antologías de los mejores relatos americanos del siglo XX) reflejaban, en una mezcla personalísima de muy rara e hipnótica intensidad, lo dramático y lo cómico instalado en la mágica fascinación que emana sin cesar de lo cotidiano. Algo que lo haría diferenciarse de cualquier otro escritor de su época y que le hizo conectar con un gran nú-

RELATO DE GUERRA TAN INUSUAL COMO LLENO DE GENIALIDAD, A MITAD DE CAMINO ENTRE «EL GUARDIÁN ENTRE EL CENTENO», DE SALINGER, Y EL HUMOR DEVASTADOR E HILARANTE DE «LAS AVENTURAS DEL VALEROSO SOLDADO SCHWEJK», DEL CHECO HASEK.

mero de lectores de las más impensables partes del mundo. Ambientados en la época de la Gran Depresión, en tabernas de los muelles de San Francisco (*The Time of Your Life*, Premio Pulitzer de 1939), durante la Segunda Guerra Mundial, o bien extraídos de recuerdos que se remontaban a su infancia en las calles de su «pequeña y fea ciudad» (como él la llamaba) de Fresno, en California, ninguno de estos relatos tenía desperdicio, convirtiéndose a cada instante en pequeñas y delicadas piezas de orfebrería.

«LA MISERIA MÁS CÓMICA». En el Fresno de su niñez vivían numerosas familias armenias —como «los orgullosos y enfadados Saroyan»—, compartiendo entre todos «la miseria más cómica y asombrosa del mundo». Familias que llegaron a principios de siglo a América, huyendo de los disturbios y más tarde del genocidio en Turquía, en 1915, de un millón y medio de armenios. Una fuente de inspiración inagotable para cualquier buen escritor, como era su caso, crecido en aquellas apasionadas y pintorescas comunidades de exiliados, descolgadas del tiempo y del espacio, que poblaban cafés y tertulias de emigrados, que compraban periódicos en su lengua materna armenia, que tenían sus propios barrios y que hallarían la cumbre de su expresión poética y nostálgica en los relatos magistrales de *Me llamo Aram* (1940; Acantilado, 2005), su primer gran éxito internacional. Anteriormente Saroyan ya había publicado un primer volumen de relatos que lo lanzó a la fama, *El joven audaz sobre el trapecio volante* (1934; Acantilado, 2004).

Con lo ganado con este libro se financiaría un primer viaje a Europa, a la tierra de sus antepasados. No pudo visitar la ciudad natal de su padre, Bitlis, en el sector turco de su patria desgarrada, pero sí llegó a Yerevan, entonces dentro de la Armenia soviética y ahora capital de una nación independiente, visita que recogería en su conjunto de escenas o encuentros con celebridades y seres anónimos (Hemingway, Faulkner, Steinbeck, Arthur Koestler, el gran poeta Yeghishe Charentz, el vagabundo Joe Gould, una Marilyn Monroe con la que tuvo un fugaz *affaire* o Chaplin, entre otros muchos) que en los años setenta publicó con el título de *Memorias* (Península, 1995). El libro recogía igualmente a figuras célebres, como él, del exilio armenio, caso del director Rouben Mamoulian o del magnate Calouste Gulbenkian. A muchos de ellos —por ejemplo, a este último— se dirigía en segunda persona, como habitantes que eran de esa inexpressable patria del alma a la que nunca habían dejado de pertenecer: «Ni tú ni yo pertenecíamos a ningún país geográfico ni político.

Vivíamos y trabajábamos aquí y allí, pero todos sabían que eras armenio y que yo soy armenio».

Saroyan se casaría en 1943 con Carol Marcus, íntima amiga de una jovencísima Dona O'Neill, más tarde mujer de Chaplin, y que al separarse de Saroyan se casaría con el actor Walter Matthau.

Durante la Segunda Guerra Mundial Saroyan estaría destinado a Astoria, Queens, aunque en realidad pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación del Lombardy Hotel de Manhattan, lejos del personal militar. En 1942 sería enviado a Londres. Fruto de esta experiencia surgiría su novela más polémica y ácidamente pacifista, *Las aventuras de Wesley Jackson* (1946), un relato de guerra tan absolutamente inusual como lleno de genialidad, a mitad de camino entre *El guardián entre el centeno*, de Salinger, y las inintermitentes escenas de humor devastador e hilarante de *Las aventuras del valeroso soldado Schwejk*, del checo Hasek.

El libro venía a ser un diario de guerra narrado en primera persona por un ingenuo y optimista soldado de San Francisco de 19 años, Wesley Jackson. Lo que en principio fue un encargo del ejército de los Estados Unidos se convertiría en un durísimo alegato antibelicista —rechazado inmediatamente para su publicación por las autoridades que se lo habían encomendado— «con el objetivo de alentar a los soldados ("nuestros muchachos", en la terminología heroica de tiempos de guerra) a dejarse matar», como comentaba de forma muy cruda e insolente el propio soldado Jackson a mitad del libro.

**AUSENCIA DE IDEOLOGÍA.** Con este relato, Saroyan conseguiría el milagro más inesperado: el que provenía de la ausencia absoluta de pretensiones ideológicas, habituales en otro tipo de alegatos con sus cargas acostumbradas dirigidas contra la política de nadie en concreto. Los comentarios del soldado, casi un niño aún que devoraba con fervor la vida que no cesaba de surgir a su alrededor, eran del más puro y neto pacifismo, como fue siempre la ideología esencial de Saroyan.

Ya fuera en los cuarteles de instrucción americanos, en Londres bajo los bombardeos alemanes, en Francia durante el desembarco o encerrado ya al final y por poco tiempo en un campo de concentración, con su humor contagioso y aquella deliciosa y alegre levedad que aplicaba al ver las cosas y seguir deslumbrándose y amando la vida como siempre, la protesta y denuncia de Wesley era mucho más letal que muchos de los tratados que intentaban acabar de una vez por todas con ese infame crimen consentido y convenido que son las guerras. ■